El champán, frío y la venganza, caliente

EDUARDO LADRÓN DE GUEVARA

ESPASA

Eduardo Ladrón de Guevara

El champán, frío y la venganza, caliente

ESPASA

ESPASA ℰ NARRATIVA

© Eduardo Ladrón de Guevara, 2015
© Espasa Libros S. L. U., 2015

El lugar donde se desarrolla la acción corresponde a Madrid, pero todos los personajes que aparecen en la novela son absolutamente ficticios y, por lo tanto, no guardan ningún parecido, ni relación alguna, con situaciones ni personas reales.

Depósito legal: B. 12.803-2015
ISBN: 978-84-670-4514-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Todo iba bien en esa heladora mañana de diciembre, cuando los niños de San Ildefonso desgranaban la letanía de números y premios. Eran las doce en punto del mediodía y, en el otro extremo de la ciudad, los pasillos del Juzgado de Familia, en plena plaza de Castilla, eran un hervidero de letrados matrimonialistas y cónyuges heridos por la ortopedia del tedio que se disponían a romper legal y definitivamente la coyunda, en lo que era el último capítulo de un camino tortuoso que, casi siempre, había dejado a las partes en litigio con un lastre de rencor que en la mayoría de las ocasiones no se suavizaría jamás.

Aquella mañana con acento a turrón, en el largo pasillo los abogados y abogadas con la toga negra que brillaba por el uso continuado, daban las últimas recomendaciones a sus clientes, que se lanzaban unos a otros miradas de soslayo cargadas de reproche, quizá recordando, fugazmente, el tiempo pasado, cuando se amaron una vez, hace tanto.

Después de años y años de ejercer la abogacía, Laura ya había empezado a tener momentos en que le embar-

gaba el hastío al escuchar las lamentaciones de unos y otros. Todos los casos que llevaba, todos los litigios que había ayudado a concretar, terminaban pareciéndose. En realidad no se asemejaban, eran idénticos. Lo único que les separaba estaba en los detalles: la mayoría solo pretendían herir, mejor cuanta más sangre hicieran. Laura siempre se hacía la misma pregunta: cómo era posible que seres corrientes, una mujer y un hombre que habían tenido tanto en común, se reprocharan hasta el extremo de la crueldad, sin darse tregua. Y siempre, una vez y otra, le venía la misma imagen: los dos, probablemente jóvenes, haciendo sexo oral sin sospechar que, a la vuelta de la esquina, acabarían en aquel pasillo del Juzgado, precisamente el día del sorteo de Navidad.

Todos hablan al mismo tiempo en aquel mínimo espacio: abogados, clientes, secretarias que salen y entran cargadas de legajos, de ordenanzas que, con frecuencia, empujan una mesita con ruedas en la que hay dispuesto un café que humea y, al lado, un platillo desportillado con tres churros algo mustios, un *donuts* o un sándwich mixto.

Pero lo que a Laura le seguía interesando más que otra cosa al aceptar un caso de divorcio, era las miradas que, al desgaire, se lanzaban los que estaban a punto de disolver su vínculo. Se escudriñaban con los ojos hacia abajo, de reojo, a hurtadillas. «¿Qué pensarían en ese momento?», se preguntaba Laura cada vez.

Siempre había algún o alguna imprudente que se presentaba en la vista acompañado del recambio sentimental, que casi siempre había sido la causa de la ruptura. Y llegaban con el tiempo justo al pasillo de los cojones, como era conocido el lugar en la jerga, ese punto

alargado y angosto flanqueado de puertas que daban paso a los distintos juzgados, en el que se aguardaba que un bedel nombrase a las partes enfrentadas para iniciar la vista, tomarles declaración, escuchar las pruebas testificales... Y ese era el gran momento para los que esperaban perderse de vista para siempre, porque su odio alcanzaba el paroxismo. Cuando ocurría que uno de los cónyuges a la gresca hacía acto de presencia del brazo del nuevo o la nueva, Laura ya estaba preparada para escuchar los comentarios de quien se sentía agraviado: «Mira, ha venido con esa puta» o «Encima se presenta con ese chulo de mierda, ¡la madre que la parió!».

Era el penúltimo acto del drama pequeñito e intenso, el último consistiría en afrontar los costes materiales. Si se trataba del primer divorcio para la pareja que iba a tirar por la calle del medio, lo que solía suceder mayormente, ambos se sentían un poco intimidados por la trascendencia del acto y temiendo hacer el ridículo, no estar a la altura. Laura estaba segura de que se sentían lo mismo que el actor en la noche de estreno cuando, al fin, iba a poder interpretar un papel protagonista, preguntándose si no le traicionarían los nervios o sí, en el último momento, recordaría el texto que tanto habían ensayado. Porque, como bien sabía Laura, de eso se trataba, de recitar un papel memorizado, de responder a las preguntas del juez, si las hacía, y de mostrarse con seguridad ante lo que se parecía tanto a un interrogatorio. La culpa siempre era de la parte contraria, «del grandísimo egoísta hijo puta, o de la grandísima zorra, que quiere quedarse con todo, dejarme en pelotas, chuparme la sangre...» —decía entre dientes el marido que

estaba a punto de perder la custodia de su hijo, además del piso que todavía no habían terminado de pagar.

El sorteo de la lotería había concluido y Laura se dijo que, cuando llegara a casa, consultaría en Internet la lista de los premios aunque, como siempre, tampoco esta vez le habría tocado ni siquiera la pedrea, y tendría que conformarse con ver esas imágenes que se repetían puntualmente cada 22 de diciembre, donde los agraciados, con impudicia, bebían cava o sidra El Gaitero, riendo al teleobjetivo de las cámaras, enseñando el décimo de la suerte, siempre dando idénticas respuestas a la misma pregunta: «¿En qué va a gastar el dinero?». Y la entrevistada, a esa alturas ya un poco bebida porque se había metido media botella, farfullaba que lo primero que iba a hacer sería dar gracias al Señor y, después, ayudar a sus hijos que estaban en el paro y llevan pasándolo «muy malamente desde hace cuatro años y, encima, al mayor le han desahuciado el piso, ¿sabe usted».

A Laura siempre le entraban ganas de fumar cuando veía llegar la hora de entrar en la sala de vistas, y desde que el tabaco estaba desterrado en los juzgados, la espera se le hacía más y más cuesta arriba. Faltaban unos minutos para dar las doce y media. El pasillo se había ido llenando y los letrados daban las recomendaciones finales, como hace el entrenador con el púgil en el cuadrilátero, antes de que suene la campana y los contendientes se lancen a la lona para comenzar a golpearse.

Era un día como otro, ni más ni menos que al de ayer, cualquiera de la pasada semana o de los que estaban por llegar. Todos se parecían aunque estuviesen teñidos de pequeños detalles que los diferenciaran con singularidades cotidianas y dramáticas cuya importancia ter-

minaría diluyéndose con el paso del tiempo, como ocurre con el rencor, que acaba por metamorfosearse en hastío y, suavizando los agravios del adulterio, lo que peor se perdonaba y más tardaba en olvidarse.

Laura miró la hora que era: casi la una. «Si la otra parte no comparece, a las dos, dos y media habremos terminado. Si no ha llegado, ya no lo hará», pensó.

—Y si no viene, ¿qué pasa? —preguntó su clienta.

—Pues si tu marido no aparece, entonces...

—¡Mi exmarido! —puntualizó ella, sin dejar de lanzar miradas de inquietud hacia las puertas de los ascensores, temiendo que el indeseable hiciera acto de presencia, y eso no lo quería de ningún modo.

—Lo último que quiero es verlo aparecer —añadió—. No me apetece nada tener que hablar con él aunque sea por última vez. Ojalá se haya quedado en casa, o esté muerto.

Y, de repente, se oyó una voz ininteligible que, poco a poco, alcanzando nitidez, logró acallar las demás.

—¡Creías que no venía, eh, pues sí, he venido! ¡Sí, a ti te digo, Araceli!

Las conversaciones se fueron apagando lentamente al mismo tiempo que crecía la disonancia estentórea del que había llegado enumerando viejos agravios.

—¡Te juro que te vas a enterar!

Y en aquel preciso instante Laura lo reconoció. Era el marido de su clienta, que no dejaba de exclamar «¡Araceli, eres una hijaputaaaaa!» soltando chorros de saliva con cada palabra.

Araceli, al reconocer a su marido balbuceó un sorprendido «¡El cabrón de Enrique!», al que respondió Laura con «¡Ah, sí, es verdad!». Y haciendo memoria recordó que se llamaba Enrique, Enrique Forneiro Are-

nas. Finalmente allí estaba, haciendo una aparición melodramática como un perturbado de frenopático al que le hubiera dado un repentino brote.

—¡Hijaputaaaaa!

—¿Qué está diciendo? —preguntó Araceli, con temor pero indignada.

—Me parece que te está llamando hijaputa —contestó Laura.

Y en el angosto pasillo atestado de gente, retumbó el disparo que ensordeció a unos y otros. Una puerta se abrió, asomándose un secretario de juzgado, calvo, ojeroso y con la solapa moteada de caspa, que, al ver a un individuo fuera de sí, blandiendo un arma, cerró la puerta de golpe, suponiendo que había irrumpido un comando yihadista.

—¡Eres una puta mentirosa! ¡Hijaputaaaaa! —chilló Enrique Forneiro.

Y volvió a sonar un disparo. En el acto, al unísono, como impulsados por un resorte, todos se lanzaron al suelo. Unos se cubrieron la cabeza con las manos, con el temor de que una bala enfurecida pudiese aterrizar en su cabeza, otros miraron despavoridos al poseso, una letrada con el embarazo muy avanzado creyó que se había puesto a romper aguas prematuramente, y hasta hubo un abogado a punto de jubilarse que, fuera de sí, indignado, declaró su condición de jurista: «¡Un respeto, que soy letrado, y no he hecho nada!».

—¡Que te calles! —le interrumpió Forneiro.

—¡Qué me voy a callar! —respondió el jurisconsulto con los ojos inyectados en sangre, pero fue lo último que dijo porque un tercer disparo, que se estrelló en la pared, le quitó las ganas de seguir con la protesta.

Laura pensó en Juan. Si pudiera llamarle, contarle lo que pasaba. O a su hija. Querría hacerles una llamada de despedida por si no tuviera más ocasiones de hablar con ellos, diciéndose que si no fuera dramática, la situación tenía visos de ser ridícula porque, allí, revueltos, estaban los abogados entogados, pegados al suelo y respirando lo indispensable para no llamar la atención; los litigantes, que esperaban en el pasillo para ratificarse ante el juez, lamentando haber pleiteado; los testigos juramentándose que nunca, jamás, volverán a testificar a favor ni en contra de nadie. Y Laura miró a dos mujeres de mediana edad que no se conocían hacía un segundo y que, en posición fetal, se habían abrazado por nadie sabía la razón, y no dejaban de llorar flojito, hipando con desconsuelo.

Y otra vez, e iban cuatro, el frenético Enrique Forneiro disparó. Laura, preguntándose cuando llegaría la policía, hizo cuentas de los tiros que había oído —«Si ha disparado cuatro veces, quiere decir que le quedan dos balas, ¿o serán más? En las novelas, las pistolas tienen seis balas», creía haber leído—. Y antes de saber a ciencia cierta el número de munición que el arma todavía podría guardar en el tambor, abrió el bolso dispuesta a sacar el móvil y hacer una llamada.

—¡¡Eres una cabronaaaa!! —se oyó gritar con voz enloquecida de Enrique Forneiro Arenas.

Y la clienta de Laura empezó a sollozar inconsolablemente y con discreción, diciéndole en un murmullo si no sería mejor hablar con él para tranquilizarlo.

—Es que, cuando se pone así, no atiende a razones. Es imbécil de verdad.

—¡Calla, Araceli, por favor!

—¡Pero cómo quieres que me calle, si es que esto es insoportable! ¡¿Y de dónde ha sacado la pistola?!

—Chiiiiist, no hables — susurró Laura, con el teléfono en el mano.

—¡¿Usted, qué mira?! —preguntó Enrique Forneiro a un nuevo ordenanza, que se acababa de asomar.

—¡No, no miro nada! —respondió el funcionario, que balbució excusándose—: Es que me había parecido oír un disparo y por eso he salido pero...

—¡Fuera, que desaparezcas de mi vista, tonto el culo! —exclamó Forneiro, y el ordenanza sin esperar a que se lo repitiera, cerró la puerta inmediatamente. El siguiente paso de Forneiro fue mirarlos uno a uno como si les interrogara. «Si no fuera porque las balas eran de verdad, como lo demostraba los desconchones en la pared —pensó Laura—, hubiera creído que todo aquello era una cámara oculta.»

—¿Sabéis lo que me ha hecho esta guarra? —preguntó Forneiro a unos y otros, sin esperar respuesta, porque lo que él quería era ventear su problema, que todos supieran quién era la cerda con la que se había casado hacía dos años.

—¡Es un bicho! —dijo, asegurando—: ¡Con esa carita que tiene, es una mierda de tía!

—¡Tú sí que eres un mierda! —le respondió ella, aguantándole la mirada, retadora.

—¡Que no hables! —ordenó Forneiro, no parecía estar dispuesto a calmarse—. ¡Eres la cosa más cerda que he visto!

—¡Pues anda que tú, quién fue a hablar! —respondió Araceli.

—Como vuelvas a decir algo, te mato, fíjate lo que te

digo —amenazó de nuevo Forneiro a gritos—. ¡Que ya me tienes hasta los huevos! —y dirigiéndose a la concurrencia, volvió a decir—: Se lo ha quedado todo. Y, encima, se ha liado con un pedazo cabrón. ¡Cerda!

—¡Mentira —dijo Araceli—. ¡No le hagan caso! ¡Tú sí que eres un cerdo!

—¡Quiere quitármelo todo, el coche, el perro, porque tengo un perro que se llama *Matías*! —y con los ojos inyectados en sangre, sentenció—: ¡Te lo aviso, a *Matías* no te lo quedas, por mis muertos que no lo tocas, qué te lo vas a quedar!

—¡Eso ya lo veremos! —lanzó Araceli.

—¡*Matías* es mío! —reivindicó Forneiro.

—¡Que te lo has creído! ¡Anda y que te den!

Los congregados en el pasillo oían la discusión, con los ojos clavados en la pistola, que subía y bajaba en la mano del tipo según este hablaba. Y aprovechando la pelea, Laura comenzó a marcar sigilosamente el número de teléfono de Juan, sorprendiéndose de que el cretino aquel no se hubiera dado cuenta de que estaba llamando a alguien.

* * *

Juan casi se había dormido, mientras las manos de ella recorrían su torso, deslizándose con precisión y dejando su paso aromas a eucaliptus.

Esta mañana, al subir al coche, Juan se había encontrado en el parabrisas con una tarjetita a todo color en la que se veía a una joven oriental, tal vez china, cubierta con un mínimo tanga, que te invitaba a ir a visitarla a cualquier hora, mañana, tarde y noche, a un lugar dis-

creto. «Ven a verme, cariño. Te espero para hacerte feliz y te invitaré a una copa de champán frío.» Y en un extremo de la tarjeta, escrito en redondilla, se concreta la tarifa: «Media hora, 40 euros; una hora, 70 euros. Aparcamiento gratuito».

A Juan le gustan tanto los masajes con final feliz que rara es la semana que no les hacía un hueco, pero esta vez es la primera que se presentaba en un establecimiento tan popular, y lo había hecho por curiosidad porque él era cliente habitual de Yakutay, un lugar internacional lujoso, caro, sofisticado y discreto en el que los masajes cobraban categoría de arte conceptual. Pero esta mañana fue diferente. A Juan le picó la curiosidad cuando vio a la jovencísima criatura estampada en cuatricromía, de ojos oblicuos y sonrisa enigmática, que ofrecía, en el mínimo papel cuché de la tarjeta publicitaria, relax, discreción y placer, además de una copa de champán, y todo por el módico precio de 40 euros la media hora, 70 si el cliente elegía el masaje de una hora completa.

Con los ojos entornados veía a la chica trajinar con los ungüentos. Y con cuidado de no ser visto, la observó trabajar. Era muy delgada, de cuello alto, fibrosa, de manos largas y uñas cuidadas, y sus movimientos tenían la precisión de un soldador de autógena.

Querría rascarse la nariz, pero decidió aguantarse las ganas, igual que lo hizo años atrás, cuando sufrió una lumbalgia y el traumatólogo le envío a hacerse una resonancia magnética. También ese día sintió el deseo imperioso de rascarse y no pudo hacerlo, allí dentro en un gran tubo pintado de blanco, que le recordó un sarcófago y del que salían ruidos de moto-pico taladrando el suelo.

Ese día sí que el picor en la nariz se le hizo insufrible, mucho más cuando escuchó una voz autoritaria que parecía venir del más allá y le ordenaba permanecer quieto: «¡No se mueva y respire hondo!», «¡No respire!», y unos segundos más tarde, por fin, escuchó con alivio un «¡Respire!» con el que pudo rascarse un poco.

Juan volvió a mirar a la chica que, en ese momento, iniciaba el ritual de acariciarle el abdomen con sus pechos, de arriba abajo, de derecha a izquierda. Y, enseguida, volvió a estirarle los músculos, ahora de un brazo, después del otro, con la perspectiva de conducirle a la fase de preclímax que debería llegar, según la tarifa, a la hora apalabrada.

Seguramente ni siquiera hablará castellano —supuso—, probablemente habrá llegado a la ciudad hace muy poco y estará dando masajes como podría ganarse la vida sirviendo arroz tres delicias o trabajando de manicura en uno de esos pequeños establecimientos que proliferan donde, por una cantidad muy modesta, las amas de casa, después de hacer la compra, entran en el local para que les pinten la uñas.

50 minutos ya. Faltaban diez para el final. Ahora, las manos de ella empezaron a deslizarse por el territorio de los muslos de él, que separó con delicadeza. Y, de pronto, el teléfono, que por descuido ha olvidado apagar, comenzó a sonar rompiendo la armonía.

—Llaman teléfono tú, *caliño* —dice ella.

Y el teléfono sonó y sonó con estridencia.

Juan abrió los ojos completamente mirando a la joven, que tenía unos pechos coronados por unas areolas rosadas en la que se destacan unos tímidos pezones, uno de ellos, el izquierdo, atravesado por un anillo que

sujetaba una diminuta campanilla de plata que, a cada movimiento, dejaba escapar un minúsculo tañido. Y entre tanto, el teléfono no cesaba de oírse, hasta emborronar la melodía de ambiente, una música monótona que empujaba a la somnolencia.

* * *

El quinto disparo se estrelló en el techo y de ahí, en parábola, terminó por taladrar la puerta del Juzgado número 11, a la que abrió un boquete dejando ver el pánico de los funcionarios, que se apresuraban a guarecerse bajo las mesas. «¡Joder, ha disparado!» —comentó un letrado, con el terror dibujado en su semblante.

Laura miró directamente al energúmeno que, empuñando el arma, se había acercado a Araceli para decirle, echando escupitajos por la boca.

—Por tu culpa, todo por culpa tuya.

—Yo no he hecho nada, Quique. Por favor, tira la pistola, ya está bien, que te has metido en un lío.

—¡No me da la gana tirarla! Y además, te voy a matar ahora mismo.

—¡¿Pero dónde la has comprado?!

—¡Donde a ti no te importa!

—¡Idiota, más que idiota, te van a meter en la cárcel!

—¡Y yo a ti te voy a matar!

Laura observaba la escena como si aquello se tratara de una secuencia cinematográfica en la que fuese mera espectadora de la ficción. Nunca se acostumbraría a las reacciones de quienes, después de sufrir como perros con el himeneo, decidían romperlo pero de mala manera, con gritos y zahiriéndose hasta el instante final.

En ese momento, Enrique Forneiro izó con brusquedad a su mujer agarrándola de un codo y, conduciéndola hacia el banco de madera, la obligó a sentarse, después de saltar por encima de los que permanecían pegados al suelo, sin resuello. Y allí, en voz baja, ambos se pusieron a discutir, diciéndose reproches antiguos.

—Que tienes que tirar la pistola, Enrique, ¡que te van a caer veinte años!

—¡Vete a la mierda!

Y Laura aprovechó para volver a llamar a su marido y contarle lo que ocurría, pero tampoco esta vez escuchó la voz de Juan. Y es que, sin ella saberlo, todavía le quedaban ocho minutos de la tarifa que había elegido en El Gran Paraíso, el templo del relax donde la publicidad anuncia que habían llegado nuevas señoritas todavía más exóticas, que harían disfrutar a los clientes como nunca. Lo decía bien claro el papelito que le dejaron en el parabrisas: «Chicas muy guapas y sumisas, recién llegadas, nuevas en Madrid. También domicilio y hotel».

Juan seguía sin responder, y Laura se indignó porque nunca, nunca, nunca cuando lo necesitaba, podía contar con él. Y, con sigilo, llamó de nuevo, pero esta vez a su hija Carmen, mientras en el banco de madera, los dos protagonistas del himeneo que hacía aguas, sentados, cuchicheaban sus desavenencias.

—Por favor, Enrique, tienes que tirar la pistola, que va a ser peor.

—¿Te has acostado con él?

—Y dale, ¡te he dicho que no! ¡Que no, ¿vale?! ¿Te has enterado?

—No lo niegues, te lo has tirado. ¿Tú crees que soy gilipollas o qué?

—Enrique, no empieces. ¡Qué manía!

—¡Que está liada con él, que lo sabe todo el mundo!

—¡¿Quién es todo el mundo?! A ver, ¿quién?

—Todos.

—¡Anda y que te den!

—¡Que no me hables así, que te meto un tiro y sanseacabó!

—¡¿Pero tú no te has tirado a Carolina? ¡Pues entonces, qué hablas!

—No es lo mismo —respondió Forneiro, cambiando la pistola de mano.

—¿Por qué no va a ser lo mismo? Tú sí que eres un cerdo, Enrique, ¿por qué no lo reconoces?

Los espectadores, mudos, sin perderse ripio, asistían asombrados y con creciente inquietud a aquel psicodrama que podía terminar en tragedia. «¿Existiría una pareja que no se hubiera puesto cuernos?», se preguntó Laura, que sabía mejor que nadie, por su condición de abogada, que en la gran mayoría de las demandas de divorcio había intervenido el adulterio.

—¡No es lo mismo que yo me haya acostado con Carolina, a que tú estés liada con Ignacio! ¡No tiene nada que ver!

—¿Ah, no? —exclamó indignada Araceli—. ¿Por qué no es lo mismo?

—¡Porque no! —zanjó Enrique.

—¡Qué borrico eres, y qué asqueroso!, en serio, ¿pero tú te oyes?

«Siempre era lo mismo —pensaba Laura—, toda la vida a vueltas con las infidelidades». Estaba harta de oírlo, como estaba cansada de saber que de todas las turbulencias de pareja, lo que más escocía era donde había cuernos de por medio.

—¡Te juro que te voy a matar por puta, Araceli!

—¡Que no me hables así, Enrique!

—¡¿Te lo has tirado, o no?! —gritó Forneiro fuera de sí.

—¡¿Pero tú qué quieres, que te diga que sí?! Pues sí, sí, me lo he tirado, ¿ya estás contento?

Al oírlo, Forneiro abrió la mano descargándola violentamente en la mejilla de Araceli, que sin tiempo de esquivar el golpe, solo pudo soltar un grito de dolor, sorbiendo mocos teñidos de unos hilillos de sangre. Acto seguido, temiéndose lo peor, algunos consultaron la hora, barruntando que los Geo, cuando aparecieran lo iban a hacer como la némesis con lo cual, probablemente, pagarían justos por pecadores.

Al fin, Laura, que seguía con el auricular pegado al oído, oyó la voz de su hija, precisamente cuando Enrique Forneiro Arenas, instalador de antenas de televisión y porteros automáticos, apretó el gatillo. El disparo logró que todos volvieran a pegarse al suelo como lapas, todos menos Laura que escuchaba la voz de su hija desde el otro lado de la línea.

—¿Sí? —dice Carmen.

—Hija, soy mamá.

—¿Qué ruido es ese?

—Un disparo.

—¿Un disparo? —pregunta Carmen desconcertada.

—Escucha —dice Laura—. No localizo a papá. Estoy en los juzgados. No sé cuánto durará esto. Avísale lo que pasa.

—¿Pero qué sucede? —pregunta Carmen.

—No sé... Bueno, si lo sé, que el marido de una cliente se ha presentado con una pistola y se ha liado a disparar. Oye, tengo que colgar.

—¡Espera, espera! Necesito decirte algo.

—Cuéntamelo luego...

—No, no, ahora —insiste Carmen—... Es que, ¿sabes qué?

—Hija, tengo que cortar, que este loco me está mirando.

—¡No, no cuelgues! ¡Mamá, si no te lo digo ahora no voy a poder contártelo nunca! Es que es importante.

«Ya está —pensó Laura—, se ha quedado embarazada. Mira que le he dicho mil veces que tuviera cuidado, pues nada...»

—Mamá, ¿me escuchas?

—Sí...

—Pues que..., que... que soy lesbiana... Y mucho.

Laura no se lo esperaba, eso sí que no, todo menos aquello, tal vez por eso preguntó sin convicción:

—¿Pero estás segura?

—Sí, mamá —oye decir a Carmen, que subrayó su confesión—: Estoy saliendo con una compañera de clase... Te la tengo que presentar. Bueno, a los dos, a papá también.

Y Laura interrumpió la comunicación porque sus ojos se anegaron de lágrimas que no podía contener. El sollozo estalló, íntimo e incontenible cuando una voz ordenó: «¡Tire el arma!».

Pero a Enrique Forneiro Arenas, instalador de televisores y porteros automáticos, aún le quedaba una bala, una más, la última, y disparó al primer Geo que había aparecido, el cual respondió haciéndole un boquete en el pecho, como en las películas de Tarantino.